

TEMA 2: AL ANDALUS: EVOLUCIÓN POLÍTICA

INTRODUCCIÓN

El islam, religión originaria de Arabia, se expandió a lo largo del siglo VII d. C. por un extenso territorio que comprendía desde los confines del Imperio persa hasta el norte de África. En el año 711 d. C. se inició la invasión de la Península Ibérica, donde la debilidad del estado visigodo y la indiferencia de la población hispanorromana, permitió a los musulmanes apoderarse fácilmente del territorio hispano que recibió el nombre de Al-Ándalus.

La conquista de la Península fue organizada desde Ifriquiya (Túnez) por el *walí (emir)* Musa que envió a un ejército de árabes y bereberes comandado por su lugarteniente Tariq. Tras la victoria musulmana sobre el último rey visigodo D. Rodrigo en la batalla de Guadalete (Cádiz), los invasores apenas encontraron resistencia militar y la mayoría de poderes locales capitularon, de este modo hacia el año 716, la mayor parte del territorio peninsular había sido conquistado. Muchos nobles visigodos aceptaron someterse mediante la firma de pactos que les garantizaban el mantenimiento de sus propiedades a cambio de determinados impuestos, como es el caso del pacto de la Cora de Tudmid (Murcia). Por el contrario la hostilidad de vascos, cántabros y astures, y el carácter inhóspito de aquellas tierras, hicieron desistir a los musulmanes de su conquista. También fue dificultoso el avance por las tierras próximas a los Pirineos y el reino franco donde fueron derrotados por Carlos Martel en Poitiers (732 d.C.) y obligados a replegarse hacia la Península, perfilándose como frontera de sus dominios la cordillera Cantábrica y los Pirineos.

Los invasores intentaron repoblar la Meseta septentrional con campesinos bereberes, pero, fracasado este intento los árabes prefirieron ahorrarse una guerra de desgaste en este territorio y se instalaron en las tierras más meridionales. De este modo, el despoblado valle del Duero se convirtió en una "tierra de nadie", en un desierto estratégico, que servía de frontera entre Al-Andalus y los pequeños reinos cristianos que se habían formado en el norte peninsular.

Durante los siglos posteriores, Al-Andalus tuvo un desarrollo político muy desigual con las siguientes etapas:

1.- EL EMIRATO DEPENDIENTE DE DAMASCO (711-756):

Tras su conquista Al-Ándalus, pasó a ser una provincia gobernada por *walí o emir* que dependía de los califas de Damasco (Omeyas), como medidas administrativas se organizó el territorio en *coras* o circunscripciones territoriales, estableciéndose las fronteras en torno a Mérida, Toledo y Zaragoza que se denominaron Marcas inferior, media y superior respectivamente, se impusieron tributos y se repartieron las tierras ocupadas entre los guerreros lo que generó un clima de luchas incesantes y de rivalidad entre los principales grupos invasores: árabes y beréberes, debido a las discriminaciones a la hora del reparto que beneficiaron a la élite procedente de Arabia. De este modo, los árabes se establecieron en las tierras fértiles del Guadalquivir, del Levante y del Ebro, y los beréberes se vieron relegados a las zonas montañosas y a la Meseta; por lo cual mostraron su descontento y oposición, por tratarse de zonas mucho menos propicias al desarrollo de la agricultura.

Mientras, en Oriente el enfrentamiento entre distintas facciones árabes se extendía por todo el mundo musulmán y acabaron provocando el asesinato de la familia califal de los Omeyas en Damasco (750 d. C) y su sustitución por la dinastía de los Abasíes, lo que también tuvo repercusiones en Al-Andalus. El único miembro superviviente de la dinastía derrocada, Abd al-Rahman (*también se puede escribir como Abderramán*) huyó a Al-Andalus, donde proclamó un emirato independiente políticamente y que sólo acataba la autoridad religiosa del califa abasí residente en Bagdad.

2. EL EMIRATO INDEPENDIENTE DE BAGDAD: 756-929

ABD AL-RAHMAN I fundó el Emirato Independiente y una nueva dinastía de emires, nueve en total, gobernó Al-Andalus. Para consolidar el nuevo estado andalusí y afianzar su poder; aumentó la recaudación de impuestos sobre todo con los mozárabes, formó un sólido grupo de fieles pertenecientes a su clan familiar (omeyas) que ocuparon los cargos públicos y organizó un ejército de mercenarios integrados por gentes de toda clases y condición (bereberes e incluso eslavos).

Dividió Al-Andalus en 22 provincias o *coras*, gobernadas por un *walí* auxiliado por un jefe militar. Fijó también los límites de las tres provincias fronterizas (denominadas *marcas*) que durante años separaron los territorios de Al Andalus con los reinos cristianos, pero esta organización peligró constantemente ya que las provincias fronterizas pretendían independizarse de Córdoba.

A pesar del reforzamiento del ejército, las sublevaciones continuaron en ciudades como Mérida, Toledo, Zaragoza, que fueron dificultosamente conquistadas. Estas continuas revueltas favorecieron al reino de Asturias y a los núcleos pirenaicos que consolidaron su autonomía.

Los reinos cristianos fueron hostigados por los saqueos de HISHAM I quien orientó sus esfuerzos hacia la yihad (la guerra santa) contra los cristianos.

Las revueltas de Zaragoza, Mérida, los graves acontecimientos de Toledo (Jornada del foso que supuso la muerte de los más destacados toledanos) y Córdoba (con la tristemente famosa revuelta del Arrabal y la crucifixión de trescientos vecinos) en tiempos de HAKAM I evidenciaron las dificultades del poder central andalusí. También se dieron algunas rebeliones de la población indígena muladí o cristiana a causa del aumento de la presión fiscal y de la intransigencia religiosa.

En este difícil contexto llegó al poder ABD AL-RAHMAN II (822-852) a partir del cual Al-Andalus adquirió una organización estatal completa con una autoridad absoluta por parte del emir. Su reinado se va a caracterizar por los siguientes hechos:

- La reforma de la administración, influenciada por modelos orientales de centralización y un protocolo muy estricto, delegó los asuntos en un consejo de ministros (diwan) al frente del cual estaba un primer ministro o hachib.
- El aumento de los recursos del gobierno debido a la eficacia en la recaudación de impuestos, a la creación de dos monopolios estatales (la acuñación de moneda y la fabricación de telas de lujo), potenció el comercio exterior entre oriente (Bagdad) y Europa. Todo ello repercutió en el engrandecimiento de Córdoba, el embellecimiento de las ciudades antiguas y la creación de otras nuevas como Murcia.
- Las campañas contra los territorios cristianos (Asturias y Cataluña) y rebeldes (Toledo y Mérida).
- Enfrentamiento contra los normandos que saquearon Lisboa, Sevilla, Algeciras, Orihuela, Pamplona y las costas catalanas. Para ello Abd al-Rahmán II creó varias atarazanas dedicadas a la construcción naval entre las que destacó Sevilla y formó la marina andalusí que evitó las actuaciones normandas.
- Uno de los principales problemas sociales durante su reinado fue desobediencia mozárabe, generada por el aumento de impuestos a los cristianos y la mayor islamización de la sociedad. Para evitar una fractura social destacada se propició la celebración de un concilio en Córdoba que enfrentó todavía más las posturas de los cristianos.

Su sucesor MUHAMMAD I, inició una política de tolerancia pero ante la animadversión del obispo Eulogio lo condenó a muerte, ocasionando la emigración de parte de los mozárabes y finalizando de este modo la revuelta. Al mismo tiempo se produjeron varias sublevaciones de los muladíes. Todo ello propició la debilidad política del emir y la primera desintegración de Al-Andalus (900 d. C.) en manos de la aristocracia, mientras el avance de los cristianos del norte constituía una amenaza cada vez más poderosa.

3. EL CALIFATO DE CÓRDOBA (929-1031)

El advenimiento al poder del emir ABD AL-RAHMAN III (912-961) provocó un cambio de rumbo en la dinámica política anterior, el nuevo emir fue capaz de acabar con las rebeliones internas, en especial la tentativa independentista del muladí Umar en el castillo de Bobastro (Málaga). En 20 años consiguió someter todo el territorio andalusí, frenó el avance cristiano por la meseta norte, a pesar de alguna esporádica derrota (Simancas) y transformó a los reinos cristianos en vasallos y tributarios.

En el año 929, poco después de la toma de Bobastro, su autoridad se hizo absoluta, rompió todos los vínculos con Bagdad y se autoproclamó califa, es decir, jefe religioso y príncipe de los creyentes. Con ello asumía no sólo el poder político, jurídico y militar sino también el religioso. De este modo, se inauguró el Califato de Córdoba, la etapa más brillante de la historia de Al-Andalus.

Los éxitos de Abd al-Rahman III permitieron fortalecer el Estado andalusí haciendo efectiva una centralización fiscal que le dotó de amplios recursos económicos. Llevó a cabo la reorganización del ejército por medio de tropas mercenarias, bereberes y eslavos (esclavos europeos), y reforzó la fidelidad de sus oficiales rompiendo los vínculos tribales. Creó así una aristocracia palatina muy vinculada a su persona, en detrimento de la aristocracia de sangre que en períodos anteriores se había rebelado contra la autoridad del emir.

Su política exterior pasó por establecer relaciones diplomáticas con el emperador bizantino Constantino VII y con el germánico Otón I, logrando imponer su autoridad en el norte de África frente al nuevo Califato fatimí de Túnez (en esta zona su éxito fue relativo, ya que años después había perdido la mayor parte de los territorios, a excepción de Ceuta y Tánger).

Durante el califato de Abd al-Rahmán, Al-Andalus fue la nación más rica y poderosa de Occidente y Córdoba rivalizaba en lujo y grandeza con Bizancio y Constantinopla, identificándose su reinado con uno de los momentos de mayor auge del Islam andalusí.

Su hijo y sucesor AL-HAKAM II recuperó buena parte de los territorios perdidos por su padre afianzando la soberanía omeya en el norte de África. También controló a los reinos cristianos del norte de España y los reyes de León y Navarra, así como los Condes de Castilla y Barcelona manifestaron su sumisión hacia Córdoba. Durante su reinado añadió a la fortaleza política y militar heredada de su

padre, un esplendor cultural y artístico que hizo de Al-Andalus la sociedad más avanzada de su época, alcanzado el califato la cima de su esplendor.

La última etapa del Califato de Córdoba se caracterizó por la debilidad de los califas y por un aristócrata, AL-MANSUR (977-1002), popularmente conocido como Almanzor (el victorioso), escribano de origen baladí, culto y buen jurista que consiguió monopolizar el poder aprovechando la minoría de edad del califa Hisham II.

Al-Mansur estableció una dictadura militar basada en los éxitos bélicos contra los cristianos, desarrolló una política de acciones militares contra los reinos del norte en las que además de recursos económicos, buscaba castigar a los infieles y afianzar su propio prestigio. La destrucción de Barcelona y de Santiago fueron sus campañas más devastadoras.

Pero la política militar tenía un coste muy alto a causa del elevado gasto del ejército profesional, y necesitaba una constante actividad, continuas victorias y los ingresos que éstas reportaban para mantener el equilibrio entre los militares árabes, bereberes y eslavos. La autoridad de Al-mansur garantizaba el orden pero cuando desapareció (año 1002) la situación cambió radicalmente, al-Malik, hijo y sucesor no supo mantener la autoridad y murió prematuramente.

Entonces, las tensiones contenidas estallaron, la aristocracia árabe se levantó contra SANCHUELO, segundo hijo de Al-Mansur, que se autoproclamó califa, los bereberes combatieron contra los árabes con la ayuda de Castilla, a cambio de las fortalezas en la frontera. Por otra parte, los eslavos buscaron la colaboración de los condes catalanes a cambio de pagos en moneda. **De esta forma, se iniciaba la intervención cristiana en los conflictos internos de Al-Andalus y la rápida desintegración del califato.**

4. LOS REINOS DE TAIFAS Y LAS INVASIONES NORTEAFRICANAS

En 1031, se formalizó la desaparición del Califato de Córdoba y culminó el proceso de formación de los PRIMEROS REINOS DE TAIFAS, estados independientes que se pueden clasificar en tres grupos, en función de su composición étnica y cultural: taifas árabes (Sevilla, Córdoba, Badajoz, Toledo y Zaragoza), taifas beréberes (destacan Málaga y Granada) y taifas eslavas en el litoral mediterráneo (Tortosa, Valencia, Játiva y Murcia)

Esta fragmentación debilitó Al-Andalus y fue aprovechada por los reinos cristianos que exigieron el pago de parias (impuestos) a cambio de su protección. Estos tributos reforzaron el poder militar cristiano, que llevó a la ocupación de Toledo (1085) por Alfonso VI de Castilla y al hundimiento de la línea defensiva del Tajo.

La agresividad de los reyes cristianos obligó a las taifas a pedir la ayuda de los **ALMORÁVIDES**, venidos del norte de África, que frenaron la Reconquista y unificaron Al-Andalus, que pasó a formar parte del imperio almorávide. Los almorávides derrotaron a los reyes cristianos, pero no pudieron evitar que Alfonso I el Batallador, de Aragón, ocupase Zaragoza.

En 1140 el dominio almorávide se desintegró dando lugar a LAS SEGUNDAS TAIFAS, de corta duración (unos 10 años) que fueron invadidas por los **ALMOHADES**, grupos islámicos norteafricanos ultraortodoxos que amenazaron gravemente a los reinos cristianos, hasta el punto que derrotaron en Alarcos a Alfonso VIII de Castilla y ocuparon las Baleares. Pero la reacción cristiana, favorecida por el Papa Inocencio III, llegó con la victoria de **las Navas de Tolosa** (1212 d. C.). La derrota almohade supuso LAS TERCERAS TAIFAS y una nueva división de los dominios musulmanes en tres reinos: Murcia, Valencia y Granada, los dos primeros fueron sometidos a lo largo del siglo XIII por los reyes cristianos de Castilla y Aragón.

Finalmente Al-Andalus quedó reducido al REINO NAZARÍ DE GRANADA (1237-1492) que se extendía hacia Málaga y Almería. El reino de Granada desplegó una intensa diplomacia y recibió ayuda de los bereberes norteafricanos de la dinastía de los Benimerines, pero la derrota de los mismos en manos de Alfonso VI de Castilla dejó al reino peninsular aislado y sometido al pago de parias a los cristianos hasta su conquista por los Reyes Católicos en el año 1492.

CONCLUSIÓN:

La toma de Granada supuso el final de ocho siglos de presencia musulmana en la Península Ibérica, un periodo que se caracterizó por el desarrollo de una cultura árabe de gran originalidad, con una marcada influencia oriental de rasgos persas y grecorromanos, junto con peculiaridades occidentales e indígenas peninsulares. Todo ello ha conformado, **un destacado legado cultural andalusí** muy notable en agricultura, urbanismo, filosofía, literatura, arte y patrimonio, que tuvo una gran repercusión en los reinos cristianos vecinos y en la Europa occidental cristiana. Todavía, hoy en día, la herencia andalusí forma parte de las señas de identidad de la cultura española y mediterránea.